Mayo Chinchipe

Hacia un replanteamiento del origen de las sociedades complejas en la Civilización Andina

Francisco Valdez[1]

Resumen

La evidencia contextual temprana encontrada recientemente en la alta Amazonía aboga por la necesidad de reconsiderar el proceso de desarrollo de las sociedades del bosque tropical. La complejidad social que se percibe en el ámbito regional demuestra la importancia de la interacción ideológica en el proceso. Evidencias e inferencias sobre factores como la base de la subsistencia, la estructuración del espacio, la arquitectura, la especialización artesanal, el desarrollo de una tradición iconográfica y la existencia de una amplia red de interacciones en la cuenca del río Chinchipe sugieren la conformación temprana de los principales rasgos de los que será con el tiempo la civilización andina.

Introducción

El estudio de las sociedades amazónicas ha recibido tradicionalmente un enfoque reduccionista en el que se supone que los grupos selváticos tenían una configuración social marcadamente simple. Se ha supuesto que esto se debió en gran parte al hecho de que estos pue-

1 Investigador del convenio IRD/INPC, ejecutado por el UMR 208 PALOC, IRD/MNHN Francisco.valdez@ird. fr

blos estaban inmersos en un medio ecológico inhóspito, sofocantemente denso y lujuriante, pero a la vez extremadamente limitado desde el punto de vista agrícola (i. e. Meggers 1954; 1971). Como prueba de estas suposiciones se citaba el hecho de que la Amazonía ha sido muy poco transformada por el hombre, o que no hay evidencias de antiguas altas culturas. La mayor parte de las veces se suponía que los habitantes eran grupos de cazadores recolectores que andaban errando por la selva en busca del sustento diario. En términos de organización social no se trataría más que de bandas igualitarias, seminómadas que han vivido siempre en un estado de casi aislamiento. Evidentemente esta noción simplista ha impuesto una serie de prejuicios infundados sobre la evolución truncada de las sociedades que han habitado el mayor bosque tropical del planeta. La poca investigación arqueológica y la mala conservación de los vestigios culturales en un medio húmedo han contribuido a mantener el mito del paraíso ilusorio y hasta hace poco toda tentativa de estudios profundizados ha recibido poco entusiasmo en el ámbito institucional (gobiernos centrales o locales) o en el medio académico internacional.

La noción roussoniana (romántica) del buen salvaje, viviendo en un estado de armonía con la naturaleza y con sus semejantes, no se ha disipado todavía y muchos grupos ecologistas de tendencia *new age* siguen sosteniendo que los antiguos pobladores amazónicos vivían en plena autarquía, en grupos que no se diferenciaban más que por el sexo y la edad. Naturalmente estos pueblos idílicos carecían de una idea clara de lo que es la acumulación de riqueza, del prestigio o de la búsqueda y ejercicio del poder. Afortunadamente los estudios antropológicos de los últimos setenta años han contribuido paulatinamente a cambiar las ideas preconcebidas, con descripciones detalladas de la complejidad de las supuestas sociedades igualitarias, suministrando además evidencias de la transformación cultural que el hombre ha impuesto a la selva indómita.

En el Ecuador el conocimiento de las tribus amazónicas se dio tempranamente, gracias al contacto y a las descripciones hechas por los misioneros que ingresaron en la selva por las vías tradicionales de comunicación que existían a lo largo de la mayor parte de la vertiente oriental de los Andes. Desde el siglo XVII hay registros y mapas de las

vías que tomaban los misioneros jesuitas para internarse en las tierras bajas y cristianizar a las tribus que poblaban las márgenes del alto Amazonas (i. e. el mapa del padre Fritz, los relatos de Mangain).

El aislamiento supuesto en que vivían los grupos selváticos se rompió en febrero de 1541 cuando la expedición de Gonzalo Pizarro penetró, desde Quito, en las tierras orientales que conducirían a los expedicionarios comandados por Orellana al río mar. Más tarde, en 1745 Charles Marie de La Condamine, uno de los sabios geodésicos franceses, bajó desde Loja por la cuenca del Chinchipe hasta el Marañón, para navegar por el Amazonas y salir al Atlántico para volver a Europa. No obstante, estos caminos tradicionales eran bien conocidos por los pueblos precolombinos que transitaban por los dos lados de la montaña para intercambiar productos de distintos nichos ecológicos (Valdez 2008). El tránsito de bienes e ideas entre los dos lados de los Andes del sur del Ecuador y del norte del Perú no se dio al azar, pues en esta región las abras o pasos de montaña son de los más bajos de toda la cordillera. El acceso relativamente fácil entre la selva y el mar fue aprovechado desde tiempos inmemoriales y fue anotado tempranamente por investigadores que conocían bien el terreno. En 1908, Otto von Buchwald mencionaba la vía Tumbes Chinchipe como *una de las zonas de emigración de los chibchas y colorados* que habitaron antiguamente en la costa del Pacífico (Costa von Buchwald 2010: 72). Siendo este el caso, la historia de la antigua ocupación de la región transandina debería ser muy rica en evidencias de la antigua interacción social que unió a sus pueblos. Por otro lado, la actual región fronteriza del sur del Ecuador y del norte del Perú ha sido calificada desde hace varias décadas como el límite natural y cultural que dividió a los Andes centrales de los Andes septentrionales (Lumbreras 1981). Esta noción fue inclusive llevada a un extremo de la teoría del determinismo ecológico, en la medida en que se postuló que era una especie de barrera natural que impidió la difusión y el desarrollo propio de las altas culturas de los Andes centrales (Burger 1984).

Para paliar la falta de conocimientos arqueológicos de la alta Amazonía e indagar la realidad de estas ideas e hipótesis de trabajo sobre la región fronteriza, el Instituto Francés de Investigación para el De-

sarrollo (*Institut de Recherche pour le Développement* - IRD) propuso al Instituto Nacional de Patrimonio Cultural (INPC) la celebración de un convenio internacional de cooperación científica y asistencia técnica para efectuar el reconocimiento arqueológico de la provincia de Zamora Chinchipe (Guffroy y Valdez ms 2001). Los trabajos efectuados en el marco de este estudio han puesto en evidencia un gran número de sitios con vestigios de ocupación del periodo prehispánico. Los más comunes pertenecen a las poblaciones que vivieron en el territorio entre el siglo IX y la primera mitad del siglo XX. Empero los datos más innovadores tienen relación con las evidencias arqueológicas de una ocupación muy temprana que está presente a lo largo de la cuenca hidrográfica binacional del río Chinchipe. La parte superior ubicada al norte, es más angosta, abrupta y húmeda; mientras que las partes media e inferior son más amplias y presentan un régimen de lluvias más seco (Fig. 1).

La prospección de la cuenca alta del Chinchipe permitió la identificación de materiales culturales no conocidos hasta entonces en ninguna otra región del Ecuador. Los estudios regionales y los fechamientos obtenidos en dos de los sitios prospectados en la región permitió el establecimiento de una nueva cultura arqueológica perteneciente al Periodo Formativo Temprano (Valdez *et al.* 2005). Esta ha sido denominada complejo cultural *Mayo Chinchipe*, pues *mayo* en quichua significa río, mientras que Chinchipe es el topónimo genérico de toda la región donde la nueva cultura está presente.

En junio del 2002 el equipo de arqueólogos del IRD descubrió el yacimiento, hoy conocido como Santa Ana-La Florida (SALF), en las cercanías de la cabecera del cantón Palanda. Desde octubre de ese mismo año el equipo efectúa trabajos sistemáticos en distintas partes del sitio, que han generado una gran cantidad de información detallada en varias publicaciones (Valdez 2007 a, b, c; 2008; 2009 a; 2010 a; 2011 a) e informes técnicos al INPC (Valdez 2009 b; 2010 b; 2011 b; Lara 2010). El análisis y la reflexión sobre las evidencias hasta hoy encontradas obligan a una discusión sobre el significado de esta nueva cultura dentro del concepto del Periodo Formativo y sobre el origen y desarrollo de las llamadas sociedades complejas en los Andes. Al mismo tiempo que

muestran que la franja fronteriza entre los actuales repúblicas de Perú y Ecuador nunca fue una barrera al desarrollo sociocultural, sino más bien un área de innovaciones fundamentales en el desarrollo de lo que será la civilización andina. En el presente trabajo iniciamos la discusión de las evidencias que obligan a repensar el papel que tuvo antiguamente la alta Amazonía en estos procesos.

La problemática

En primer término hay que comenzar planteando la problemática que presenta la evidencia encontrada en la cuenca del Chinchipe en general, y en Palanda en particular. Esto es la presencia de una cultura compleja, de apariencia precoz, en un medio insospechado, tradicionalmente visto como la antítesis de la civilización. Para guiar la discusión habrá que comenzar preguntándose ¿qué se entiende por el apelativo "cultura compleja"?, luego ¿qué se considera precoz? y naturalmente ¿por qué se dio? Preguntas básicas que se deben abordar son:

- ¿Qué es complejidad?
- ¿Cómo se la mide?
- ¿Qué la produce?
- ¿Qué implica en términos socioculturales a nivel regional?
- ¿Cómo afecta esta información al lugar que tiene la alta Amazonía en el desarrollo de las culturas andinas?

En términos generales se asume que las sociedades se complejizan cuando aparecen rasgos de una organización social estructurada en función de diferencias marcadas entre los habitantes que las componen. La noción de prestigio está presente en todos los grupos humanos, pero el concepto de rango social demuestra un avance con relación a las sociedades igualitarias que caracterizaban al neolítico universal. Los rangos suelen darse como la manifestación de un reconocimiento de algún tipo de preeminencia de un individuo o de un segmento de la población sobre otros. Desde el punto de vista arqueológico, la superioridad se refleja en un tratamiento diferenciado del tipo de elementos

que caracterizan a ciertos individuos o grupos. Las distinciones de rango pueden medirse en el acceso restringido a determinados elementos característicos, que pueden ser ornamentos personales; instrumentos de producción que reflejan un avance tecnológico; el manejo de productos foráneos (estratégicos o no); el acceso a un determinado tipo de rasgos arquitectónicos, no puramente domésticos; y eventualmente el manejo y control de una serie de conceptos ideológicos que se manifiestan en el campo iconográfico. En la América precolombina se ha sostenido que la diferenciación social mediante rangos aparecen de una manera clara a partir del Periodo Formativo tardío o más concretamente en lo que se ha llamado la etapa de Desarrollo Regional en Ecuador o Intermedio temprano en el Perú. En la América andina parece que el prestigio especial que dio lugar al rango social se basó en el saber especializado que detentaban ciertos individuos capaces de entrar en contacto con las fuerzas de la naturaleza. Esta habilidad les daba una capacidad de convocatoria sobre el resto de su comunidad para llevar a cabo trabajos de carácter colectivo. Para Luis Millones, "estas habilidades exigieron el reconocimiento de su autoridad y de privilegios, lo que debió ser la base de la diferenciación social". (López Austin y L. Millones 2008: 144).

Los estudios recientes efectuados en la alta Amazonía demuestran la presencia temprana de varios de estos elementos que diferencian a los pobladores de una misma sociedad. La evidencia sugiere entonces el surgimiento de un grupo de individuos, que goza de cierto prestigio y que paulatinamente cobra el reconocimiento de un rango social entre sus pares. En el suroriente ecuatoriano y en el nororiente peruano, el contexto sociocultural de estas evidencias es lo que se ha llamado el complejo Mayo Chinchipe.

Síntesis de las evidencias encontradas en el sitio SALF

Como base de esta reflexión se analizará la evidencia proveniente de yacimiento Santa Ana-La Florida, pues de allí procede la mayor parte de los datos cronológicos y corológicos que sustentan esta discusión. En vista de que existe ya una serie de publicaciones donde se describen los

contextos en detalle, en esta ocasión solo se hará una breve presentación sintética de los principales elementos que se discuten en el trabajo.

El yacimiento se ubica al fondo de un valle estrecho, sobre una terraza fluvial a orillas del río Valladolid (cabecera inicial del Chinchipe) a 1040 m s. n. m. El sitio cubre una extensión plana de aproximadamente una hectárea, delimitado por el cauce del río hacia el norte y el este, el escarpe de la sierra vecina por el occidente y una depresión acentuada por el extremo sur. El área ha estado cubierta por la vegetación tropical propia del medio, pero en el transcurso de los últimos veinte años, el sitio fue despejado parcialmente por una familia campesina que instaló allí una pequeña huerta. Al momento del descubrimiento del sitio no había elementos estructurales expuestos, era solo una extensión semiboscosa cortada por un camino de segundo orden que bajaba hacia el río. El sitio fue identificado por la presencia de una cierta densidad de materiales cerámicos vistos en la superficie expuesta del terreno y algunas piedras acumuladas en algunos sectores. Otras indicaciones culturales se anotaron en las paredes de un antiguo corte, efectuado en la construcción del camino carrozable abierto hace unos veinte años por un extremo oriental del terreno. Informaciones posteriores receptadas al maquinista que abrió la vía permitieron evaluar la verdadera dimensión del yacimiento.

Los trabajos de limpieza de la vegetación moderna permitieron apreciar la presencia de elementos subyacentes que mostraban una antigua ocupación intensiva del espacio. En superficie abundaban evidencias cerámicas de un estilo particular, conocida localmente como la tradición alfarera *Corrugada,* que caracteriza a los pueblos de la mayor parte de la selva amazónica. En la región estas han sido asociadas a las comunidades pertenecientes al grupo lingüístico jíbaro, hoy reconocidas como los pueblos *shuar*, *Aujún* o *Aguaruna*. A inicios de la colonia, los conquistadores españoles denominaron a estos pueblos *bracamoros* –una deformación del término quechua *Pucamuro* empleado por los incas en el siglo XV (Taylor 1988: 77-91). Trabajos realizados por el equipo del IRD en la región sitúan a la ocupación bracamoro en el territorio entre el siglo IX y la primera mitad del siglo XX (Guffroy 2006).

Los restos de esta ocupación no se profundizaron más allá de la capa húmica y abundaron sobre todo en algunas de las acumulaciones de piedra parcialmente cubiertas de tierra, que se identificaron al inicio de los trabajos, erróneamente como "tolas". A medida en que se fue retirando la capa orgánica del piso, se fue revelando la presencia de estructuras de piedra subyacentes, junto a las que aparecían muy esporádicamente materiales cerámicos finamente trabajados, muy diferentes de la alfarería corrugada. Los trabajos sistemáticos obligaron a la sectorización del sitio, que comenzó a ser despejado paulatinamente para poder hacer un levantamiento planimétrico de las evidencias encontradas. La investigación del sitio ha demostrado la presencia de una trama arquitectónica que revela una organización espacial hasta ahora no conocida en la región. El conjunto de evidencias expuestas se compone principalmente de varias estructuras circulares dispuestas en torno de un espacio plano, delimitado por un muro circular de piedra, de 40 m de diámetro. Este se ubica en el centro de la terraza y parece haber sido el eje de las actividades realizadas en el yacimiento. Por su disposición central y su desnivel con relación a las estructuras externas puede ser considerada una plaza hundida. En la parte interior del círculo central se han despejado cuatro pequeñas plataformas rectangulares, que se ubican simétricamente opuestas entre sí. En torno a la supuesta plaza se agrupan unas veinte estructuras circulares, con diámetros que varían entre 5 y 9 m. El todo se presenta como un asentamiento nucleado, que por sus dimensiones y su organización puede ser calificada como una aldea bien planificada (Fig. 2).

En el extremo suroriental de la terraza, próxima a la margen del río se presenta una situación muy particular. En el filo de la terraza que se proyecta sobre las curvas decrecientes al lecho fluvial se aprecia la construcción de un bancal semicircular. Este prolonga el nivel plano de la terraza central sobre el terreno que normalmente bajaba al cauce del río. El escarpe, hoy muy irregular, ha sido rellenado, aplanado y consolidado con una serie de muros de contención y contrafuertes circulares, que sostienen la parte alta de este extremo de la terraza. Al momento del descubrimiento del sitio, se observó que la erosión natural había expuesto una serie de rasgos artificiales en la pared del escarpe, entre los cuales se

pudo identificar un contexto funerario parcialmente expuesto, pero muy mal conservado. Desgraciadamente este sector del sitio fue igualmente visitado por buscadores de tesoros que provocaron un desbanque de más de 400 m^2, sobre el cauce del río. La exploración de este sector reveló una seria de evidencias culturales y vestigios arquitectónicos desplomados por la acción de los huaqueros. Una intervención de rescate en el extremo oriental del sitio generó una gran cantidad de información sobre los procesos constructivos y la cronología general del yacimiento.

Los trabajos arqueológicos demostraron que en este extremo del sitio se había construido un espacio amplio, muy rico en elementos arquitectónicos simbólicos, algunos de los cuales habían sido enterrados a distintas profundidades. El espacio artificial sirvió de base a una estructura de forma circular, de casi 13 m de diámetro, que por sus características arquitectónicas y otras particularidades fue identificada como un probable templo. Todo el sector construido sirvió, además, para recibir depósitos funerarios con ajuares significativos, que denotan el rango de los difuntos allí inhumados.

El sistema constructivo empleado involucró la consolidación del terreno mediante una serie de muros concéntricos ubicados a distancias más o menos regulares entre los estratos del relleno artificial. La forma general de la terraza debió haber seguido la morfología de la margen del río, pero la acción de los saqueadores destruyó una buena parte de la misma y no se podrá conocer jamás su antigua extensión. En la actualidad se puede apreciar la cabecera de por lo menos tres series de muros, que actuaron como contrafuertes circulares mientras sostenían en el lado suroriental del escarpe (Fig. 3). Lo interesante es que estos muros desempeñaron una función simbólica fundamental, pues su forma concéntrica tenía un punto de origen central, desde él que se desplegaban las líneas curvas de piedra, dándole al conjunto el aspecto general de un espiral. El punto central resultó ser una hoguera en forma circular, de aproximadamente un metro de diámetro. Al excavar esta estructura se encontraron varias ofrendas notables dispuestas en su base (Fig. 4). El conjunto de objetos incluyó un pequeño cuenco de piedra pulida, un par de mascarones antropomorfos de piedra verde y varios centenares

de pequeñas cuentas de turquesa, probablemente ensartadas en un collar. La excavación en área del sector mostró la presencia dos hogueras de menor tamaño ubicadas en la periferia próxima de la hoguera principal. A menos de un metro de distancia de estos elementos se encontró la boca sellada de una tumba de pozo, cuya cámara funeraria reposaba a más de 2 m bajo la superficie. El contenido de esta sepultura resultó ser crucial para comprender muchos aspectos de los modos de vida de esta antigua cultura. El conjunto de evidencias excavadas en el espacio artificialmente construido sobre la margen del río, sugiere que esta área fue el foco de las actividades de un carácter ritual que se efectuaron en la aldea.

La excavación estratigráfica de varios sectores permitió evidenciar las técnicas empleadas en la nivelación artificial del terreno, la construcción de la base de la estructura y el descubrimiento de cuatro depósitos funerarios. Los contextos cerrados encontrados posibilitaron el fechamiento de varios elementos constructivos, así como el de algunos contextos mortuorios. Esto ha permitido ubicar la ocupación del yacimiento entre el 3350 y el 2930 antes del presente (AP), con una fecha promedio de alrededor de 2500 antes de Cristo (Tabla 1) y (Cuadro 1). La cronología absoluta sitúa así a las primeras ocupaciones del sitio Santa Ana-La Florida en las etapas temprana y media del Periodo Formativo.

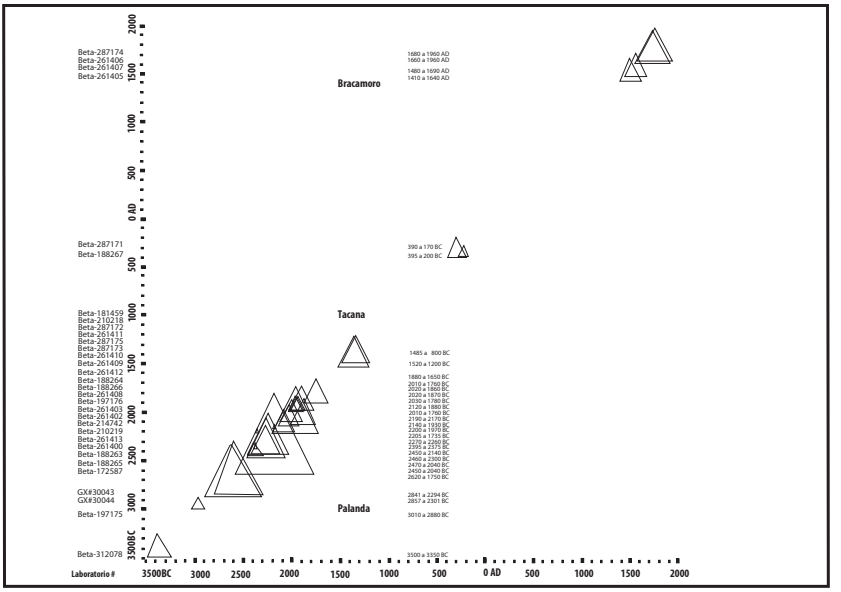
Caracterización del fenómeno que se puede considerar como complejidad social

Las evidencias materiales, directas e indirectas, que reflejan la presencia de un proceso creciente de complejidad social son: a) modo de vida sustentado en el aprovechamiento integral del medio (extractivismo, producción agrícola); b) organización y estructuración del espacio social; c) arquitectura imponente (no doméstica) destinada al uso de la colectividad; d) alto desarrollo y especialización en la fabricación de artesanías (cerámica, lítica, textiles, cestería, etc.); e) desarrollo de técnicas y estilos de manufactura y de representación icnográfica que caracterizan tradiciones particulares; f) existencia de redes de interacción a corta y larga distancia.

Tabla 1
Fechamientos radiocarbónicos del sitio Santa Ana-La Florida, Palanda

Laboratorio	Edad medida radiocarbono	Calibración2 Sigmas		Contexto
Beta-312078	4450 ± 30 BP	3500 a 3350 a. C.	(5500 a 4990 BP)	Basural X 4 (17) – 55 cm
Beta-197175	4300 ± 40 BP	3010 a 2880 a. C.	(4960 a 4830 BP)	Nivel ocupación terraza este. –150 cm
GX#30044	4000 ± 71 BP	2857 a 2301 a. C.	(4807 a 4449 BP)	Terraza artificial, Piso quemado – 40 cm
GX#30043	3990 ± 70 BP	2841 a 2294 a. C.	(4791 a 4422 BP)	Hoguera ceremonial. – 90 cm
Beta-172587	3860 ± 40 BP	2460 a 2300 a. C.	(4410 a 4250 BP)	Hoguera ceremonial. – 90 cm
Beta-188265	3830 ± 70 BP	2470 a 2040 a. C.	(4420 a 3990 BP)	Terraza artificial, piso quemado – 50 cm
Beta-188263	3820 ± 40 BP	2395 a 2375 a. C.	(4345 a 4325 BP)	Terraza artificial, piso quemado – 90 cm
Beta-261400	3820 ± 40 BP	2450 a 2140 a. C.	(4440 a 4090 BP)	XIII-10 relleno de hoguera. – 45-47 cm
Beta-261413	3810 ± 40 BP	2450 a 2140 a. C.	(4400 a 4090 BP)	Nivel de base IX,X 6 y7, – 95-100 cm
Beta-210219	3790 ±160 BP	2620 a 1750 a. C.	(4570 a 3700 BP)	Terraza occidental. – 22-33 cm
Beta-214742	3700 ± 60 BP	2450 a 2040 a. C.	(4400 a 3990 BP)	Tumba de tiro, sello entrada – 60 cm
Beta-261402	3710 ± 40 BP	2200 a 1970 a. C.	(4150 a 3920 BP)	Fosa funeraria XIV- 4 (8) – 192 cm
Beta-261403	3710 ± 40 BP	2200 a 1970 a. C.	(4150 a 3920 BP)	Basural III-2 – 50/60 cm
Beta-197176	3700 ± 40 BP	2270 a 2260 a. C.	(4220 a 4210 BP)	Tumba tiro, contexto ofrendas – 220 cm
Beta-261408	3700 ± 40 BP	2140 a 1930 a. C.	(4090 a 3880 BP)	IX-8 estrato beige rojizo. – 30-45 cm
Beta-188266	3690 ± 40 BP	2190 a 2170 a. C.	(4140 a 4120 BP)	Hoguera – 75 cm
Beta-188264	3660 ± 90 BP	2205 a 1735 a. C.	(4155 a 3685 BP)	Terraza artificial Piso quemado – 50 cm
Beta-261412	3630 ± 40 BP	2120 a 1880 a. C.	(4070 a 3830 BP)	Basural III-2– 85/90 cm
Beta-261409	3620 ± 40 BP	2010 a 1760 a. C.	(3960 a 3710 BP)	VI y VII-8 estrato beige. – 35-45 cm
Beta-261410	3600 ± 40 BP	2030 a 1780 a. C.	(3980 a 3730 BP)	XIV – 6 Nivel ocupacional – 50-80 cm
Beta-287173	3580 ± 40 BP	2020 a 1870 a. C.	(3800 a 3820 BP)	VI 17 (20)
Beta-287175	3570 ± 40 BP	2020 a 1860 a. C.	(3970 a 3810 BP)	VII 8 (1)
Beta-261411	3530 ± 40 BP	2010 a 1760 a. C.	(3960 a 3710 BP)	X-5 Basural ocupación – 80/ 85 cm
Beta-287172	3430 ± 40 BP	1880 a 1650 a. C.	(3830 a 3600 BP)	VII 15 (12)
Beta-210218	3140 ± 70 BP	1520 a 1200 a. C.	(3460 a 3150 BP)	Terraza occidental Hoguera – 20-30 cm
Beta-181459	2930 ± 150 BP	1485 a 800 a. C.	(3435 a 2750 BP)	Perfil camino expuesto -145 cm
Beta-188267	2280 ± 40 BP	395 a 200 a. C.	(2345 a 2150 BP)	XIV 12 Terraza occidental, contexto Tacana –35-55 cm
Beta-287171	2260 ± 40 BP	390 a 170 a. C.	(2340 a 2120 BP)	II 12-3H Terraza occidental, contexto Tacana
Beta-261405	440 ± 60 BP	1410 a 1640 d. C.	(540 a 310 BP)	VI 5 ocupación Bracamoro
Beta-261407	300 ± 60 BP	1480 a 1640 d. C.	(470 a 260 BP)	VII 6 ocupación Bracamoro
Beta-261406	130 ± 70 BP	1660 a 1960 d. C.	(280 a 0 BP)	VI 5 ocupación Bracamoro
Beta-287174	90 ± 40 BP	1680 a 1740 d. C.	(270 a 210 BP)	VII 17 ocupación Bracamoro

Cuadro 1



a) Modo de vida sustentado en el aprovechamiento integral del medio

El sustento cotidiano de una sociedad se basa en los métodos empleados en la obtención de alimentos; tradicionalmente se ha pensado que en la Amazonía ha imperado un sistema amplio de caza, recolección, pesca y horticultura, que va de la mano con un modo de vida nómada o seminómada. Este sistema se fundamenta en la observación superficial de las sociedades silvícolas contemporáneas de la Amazonía baja. No obstante, la información etnográfica moderna amplía notablemente esta perspectiva al señalar la presencia en casi todas las circunstancias, de jardines y huertas agrícolas que suministran una amplia gama de productos vegetales en casi todas los grupos amazónicos (Descola 1988). La evidencia arqueológica que informa sobre el régimen alimenticio que imperó en el sitio SALF ha confirmado esta información, a pesar de la mala conservación en el medio de los vestigios orgánicos.

La principal fuente de datos sobre los recursos alimenticios y los eventuales modos de vida provienen de un trabajo metódico efectuado por la investigadora canadiense Sonia Zarrillo (2012; ver su artículo en este tomo). El estudio comprendió dos partes, por un lado se hizo un análisis microscópico de los restos orgánicos presentes en el interior, o en el entorno, de varios recipientes encontrados en contextos funerarios. Se tomaron muestras de una serie de fragmentos cerámicos procedentes de los contextos arqueológicos que caracterizan los niveles de ocupación y las antiguas áreas de desechos culturales. La segunda parte del estudio consistió en efectuar una colección de las plantas que actualmente se cultivan o se recogen en la región de Palanda. Los resultados demostraron la presencia tanto de polen antiguo como de gránulos de almidón de distintas plantas antiguamente consumidas en el sitio. La lista de evidencias de plantas consumidas incluye:

Capsicum spp. Ají
Dioscorea spp. ñame, papa china
Fabaceae fréjol
Ipomoea spp. batata, papa dulce o camote
Manihot esculenta yuca
Maranta spp. camote
Theobroma spp. (Zarrillo 2012: 207-210)
Herrania spp. Cacao de mono o cacao de monte (Zarrillo 2012: 209)
Zea mays maíz (Zarrillo 2012: 190)

Evidentemente este listado no incluye la totalidad de los productos vegetales utilizados en Palanda, pero si brinda una amplia gama de alimentos estables frutos de una agricultura y horticultura bien organizada. Hay evidencias directas e indirecta de otras plantas, no empleadas en la alimentación, como el algodón, la coca o las distintas variedades de palmas que fueron utilizadas en el sitio. Aunque muchas de estas no eran cultivadas específicamente, eran aprovechadas regularmente por estar presentes en toda la región.

En la lista se constata la presencia de plantas típicas del medio tropical húmedo, siendo los tubérculos y rizomas las variedades dominantes, no obstante llama la atención la presencia del maíz en una época

tan temprana. La evidencia contradice en parte una de las ideas tradicionales que se tenía sobre la presencia de este cultivo en Sudamérica. Hasta hace poco se pensaba que el maíz se introdujo o se domesticó independientemente en la Costa, para luego ser paulatinamente introducido a la Sierra y solo en épocas relativamente tardías hacia la Amazonía.

Los análisis de Zarrillo hoy demuestran la presencia muy temprana del maíz en contextos muy antiguos de la ceja de montaña oriental y obligan a repensar la antigüedad y los mecanismos de difusión de este importante alimento base en América. La evidencia de fitolítos de maíz en la Costa aparece desde el arcaico, en Las Vegas; luego hay múltiples testimonios de este cultivo en la cultura Valdivia desde la fase 1b. Su presencia está bien demostrada en los contextos tempranos de la costa del Pacífico, pero los resultados de la investigación de Zarrillo en Palanda amplían el contexto cultural del maíz en la vertiente oriental de los Andes (Zarrillo 2012: 190, Tabla 6.1). De hecho sustentan la evidencia encontrada en los sondeos de las capas profundas del lago Ayaunchi, fechadas entre 7010 ± 130 y 4570 ± 70 AP (Bush *et al.* 1989: 304).

Las implicaciones de estas evidencias son claras, el cultivo del maíz aseguró el sedentarismo necesario para el establecimiento de la vida aldeana en la vertiente oriental de los Andes desde el Formativo temprano. Aunque no se puede hacer una estimación de la intensidad del cultivo del maíz, si se constata que su presencia en el yacimiento involucraba tanto contextos domésticos como rituales. La presencia exclusiva de gránulos almidón de maíz al interior de una botella de asa de estribo, implica la presencia de una bebida elaborada con este cereal (chicha).

En este mismo sentido hay que hacer un comentario sobre la presencia de gránulos de almidón de cacao / herrania en el interior de otra botella de asa de estribo encontrada en el mismo contexto funerario. La elaboración de bebidas de origen vegetal (fermentadas o no) destinadas a acompañar al difunto en el pasaje a la otra vida, no solo revela su importancia alimenticia, sino que sobre todo subraya la dimensión sociocultural simbólica de estos productos.

El uso del cacao en distintos contextos (de acuerdo a las identificaciones tentativas hechas por Zarrillo) es también una novedad que merece un comentario. Desde hace algunos años se discute el probable origen amazónico del cacao (Motamayor *et al.* 2002), pero hasta la fecha no se disponía de una evidencia antigua de su uso en las poblaciones amazónicas. A este hecho se añade la tradición, según la cual se pensaba que el uso del cacao se inició con la cultura Olmeca hacia el 1800 a. C. (Coe y Coe 1996; Powis *et al.* 2007; 2011). Sin embargo, a la luz de las evidencias encontradas en los contextos de Palanda, parece que el uso social del cacao y de sus derivados, precede ampliamente a su utilización en Mesoamérica. Con la comprobación de que alguna variedad de cacao sea originaria de la Amazonía hay que comenzar a pensar en los mecanismos de su dispersión por el resto del continente. Aunque la aceptación definitiva de esta evidencia seguramente llevara algunos años, hoy no se puede negar que este producto altamente energético tuvo un lugar destacado en los usos y costumbres alimentarias de la alta Amazonía desde hace por lo menos 5000 años. Solo la continuidad de los estudios y de la comparación de los gránulos de almidón de Theobroma y de Herrania darán mayor información sobre estas evidencias y de sus implicaciones en el desarrollo cultural de las sociedades del Formativo de América.

En todo caso se puede sugerir desde ya que el consumo de un producto altamente energético como el cacao tuvo una trascendencia social en la cultura Mayo Chinchipe. Las propiedades químicas que tiene esta planta en el desarrollo de las funciones del cerebro están comprobadas. El alto desarrollo técnico y simbólico que tuvieron las artes en esta cultura (y en otras de Mesoamérica) puede ser una consecuencia del consumo regular del cacao (Fig. 5).

Por último hay que recordar que fuentes de proteínas de origen animal –terrestres, aéreas y fluviales– abundan en el medio y muy probablemente fueron un aporte importante al régimen alimentario, pero como se ha dicho ya la conservación de los macro restos de este tipo de evidencias no es buena en un medio de constante humedad y tierras acidas.

En definitiva, la evidencia directa de las plantas que eran consumidas o utilizadas regularmente en Palanda demuestra que la sociedad estuvo bien integrada a su medio; en el que intervino para producir alimentos estables y recursos vegetales utilitarios necesarios para su que hacer cotidiano.

b) Organización y estructuración del espacio social

Al analizar el trazo arquitectónico de la aldea, focalizado en una plaza central, rodeada de un área residencial hay que reconocer que las construcciones no se dieron de manera aleatoria. La plaza está dotada además de un eje este oeste, que se materializa con dos puntos de aparente actividad ritual en cada extremo del poblado. La planificación se hace evidente, con una división clara entre las áreas domésticas y lo que se podría llamar espacios sociales, especializados en algún tipo de actividad ritual. Si bien el eje este-oeste tiene una clara simbología asociada con el movimiento del Sol, parece que las limitaciones mismas del espacio físico fueron la causa principal de su trazado. La presencia del paso del río por el extremo norte y una fuerte depresión en el extremo sur de la terraza fluvial impidieron el crecimiento arquitectónico en este sentido. No obstante, limitaciones de otro orden fueron superadas por quienes planificaron el espacio, pues se supo aprovechar de las curvas naturales ascendentes del extremo occidental del terreno para levantar allí una pequeña plataforma escalonada. Desde esta se dominaba el espacio construido, observando las actividades sociales que se efectuaban al interior de la plaza hundida ubicada en su base. De la misma manera, en el extremo oriental de la terraza se transformó la topografía natural decreciente para construir un espacio sagrado, elevando y nivelando el terreno con una arquitectura simbólica en forma de espiral.

El trazado de la aldea y sus construcciones aparentemente simples en términos de monumentalidad requirieron, sin embargo, de una fuerza de trabajo colectivo apreciable. La adecuación circular del espacio central y su delimitación con un doble muro macizo fue un trabajo planificado que involucró una mano de obra sujeta a las órdenes de un

o varios individuos que ejercían el oficio del saber. Este individuo fue un técnico muy calificado en la delimitación del espacio, en el drenaje del suelo y sobre todo en la construcción de una mampostería compleja, perfectamente circular, que supo sacar provecho de la topografía natural para imprimir su trazo autoritario con espacios positivos (curvas de nivel crecientes) y negativos (la plaza hundida).

La misma planificación y ejecución técnica se observa en las obras de relleno y consolidación sistemática de las curvas decrecientes del extremo oriental de la terraza. La elección alternativa de distintos materiales, empleados en la nivelación horizontal del terreno, demuestra un conocimiento profundo de las propiedades de los distintos materiales y de la mecánica de suelos en pendientes acentuadas. La construcción de muros de contención, dotados de varias hileras de contrafuertes refleja, además, una ingeniería bastante avanzada. Evidentemente el trazo simbólico en espiral implicó además otro tipo de conocimientos y de motivaciones (Fig. 6).

Dentro del trazado arquitectónico se anota la voluntad de diferenciar algunas estructuras de otras, ya sea por su posición dentro o fuera de la plaza central, o por la forma general de la geometría de su aparente cimentación. Las formas externas son muros circulares, mientras que las internas son paralelogramos formados por agrupamientos horizontales de piedras. Hasta ahora no se conocen las funciones reales de estas estructuras planas, pero su tamaño, forma y disposición simétrica sugieren una función de índole ceremonial. Estas pequeñas plataformas superficiales pudieron haber sido el foco de actividades específicas, que no han dejado evidencias de su naturaleza. En realidad, en todo el extremo occidental del yacimiento los desechos culturales son más bien escasos, lo que puede implicar un cuidado especial en la limpieza del sitio.

Empero, en la actualidad se observa el trazo de una aldea que estuvo ocupada por un espacio de más de 2000 años, por lo que hay que asumir que su construcción y estructuración actual probablemente no se dieron en un solo momento. Las fechas de C-14 obtenidas en distintas partes del yacimiento sugieren que la construcción y utilización del ex-

tremo oriental (espacio sagrado artificial) se dio en un primer momento, mientras que la ocupación de los espacios ubicados en el extremo occidental muestra evidencias de ser aparentemente posterior. Lo que ahora se ve como una unidad arquitectónica compleja fue probablemente el producto de la construcción y readecuación del espacio a través de muchos siglos. Sin un mayor trabajo específico en todos los contextos definidos en el sitio, todavía no se puede llegar a definir una cronología fina para el uso, simultáneo o diferenciado de la totalidad del sitio (Fig. 7).

La estructuración cultural del espacio refleja la materialización de un plan preconcebido. La edificación de un espacio social rompe con el dominio de la naturaleza. Se domestica así la selva y se construye un paisaje culto, donde el hombre ha impuesto su carácter dinámico y ha creado su lugar en el orden natural.

c) Arquitectura no doméstica destinada a la colectividad

El trazo de la plaza circular diferencia los espacios cívicos de los domésticos. La plataforma escalonada del extremo occidental y lo que se ha denominado el "templo", ubicado en el extremo oriental, parecen no haber tenido una funcionalidad ordinaria. En el caso de la plataforma, la rampa y el graderío que le dan acceso no tienen una función doméstica claramente reconocida. En realidad construyen un zócalo o un soporte, destinado a brindar una posición elevada sobre el terreno circundante. La estructura superior no presenta más evidencia material que una acumulación indiscriminada de piedras fragmentadas dispuestas para darle solidez y nivelar el piso.

En el caso del "templo" hay evidencias estructurales que sugieren ritualidad y un espacio sagrado: su ubicación sobre un espacio artificialmente elevado, el tamaño de la estructura, una rampa de acceso descendiente hacia la zona interior, un supuesto altar (la hoguera principal del núcleo del espiral), las ofrendas de piedra verde dispuestas en distintas partes de la base de la construcción, y en general todo el espacio funerario subyacente que le rodea.

En ambos casos, esta arquitectura no doméstica está inmersa en un contexto social, donde la colectividad se beneficia, aunque no tenga un acceso directo inmediato a sus instalaciones. Sin embargo, las actividades que allí se desarrollaron tuvieron ciertamente una repercusión amplia, no solo sobre la aldea sino sobre toda la región circundante. El espacio social está dotado de una infraestructura arquitectónica monumental que imprime un carácter sagrado al paisaje natural.

d) Alto desarrollo y especialización artesanal

Las primeras evidencias encontradas en la cuenca alta del Chinchipe que llamaron la atención al equipo de investigadores fueron una serie de artefactos en piedra pulida trabajada con una calidad tecnológica y estética desconocida hasta entonces en la alta Amazonía. La mayor parte de estos objetos eran elementos de vajilla (cuencos y platos) esculpidos en distintos tipos de piedra, que se destacaban por el grano fino y por los distintos colores de la materia prima. La amplia dispersión de estos objetos sobre un territorio de difícil acceso por su irregularidad topográfica, sugería un origen local, pero a la vez fuentes posibles de la materia prima localizadas en un área restringida.

Cuando se descubrió el yacimiento SALF y se excavaron los depósitos funerarios se obtuvo por fin el contexto cronológico cultural de su procedencia efectiva. Los artefactos de piedra pulida no solo mostraban una calidad tecnológica depurada, sino que eran el soporte de grabados simbólicos complejos que le daban una calidad estética insuperable. No cabe duda de que eran el fruto de un trabajo especializado, realizado bajo los mismos cánones estilísticos, reflejando una verdadera tradición de arte lapidario que le daba una identidad cultural a la cuenca del Chinchipe. Las referencias a los objetos encontrados en la Huaca Huayurco (Rojas Ponce 1985), daban además una amplitud geográfica a la extensión cultural de esta manifestación artística. Los trabajos de reconocimiento arqueológico enmarcados dentro de un programa binacional no formal, complementaron la información sobre este arte en la cuenca baja del mismo río. Por otro lado, el contexto general en que

habían sido encontrados los objetos en Palanda, surgiría una función de uso ritual, por no calificarla de ceremonial. A los elementos de vajilla, se incorporaron mascarones antropomorfos, adornos personales con motivos variados, morteros zoomorfos y fitomorfos, y algunas representaciones de figuras humanas, estereotipadas en su disposición anatómica general, pero no en su representación específica. En todos los casos se utilizaban distintos tipos de piedra de grano fino y de una amplia gama de colores.

El arte lapidario tuvo también su equivalente en la alfarería. En el transcurso de la prospección de la cuenca alta del Chinchipe se encontraron varios sitios con una cerámica de pasta delgada y de finos acabados de superficie. No obstante la verdadera dimensión de este arte alfarero se encontró en los depósitos funerarios y en los desechos domésticos del yacimiento SALF. Desde un inicio se constató que los fragmentos cerámicos eran muy escasos en el conjunto del antiguo poblado, por lo que la presencia de objetos excepcionales encontrados en las tumbas contrastaba con la fragmentería utilitaria que aparecía ocasionalmente al excavar los vestigios arquitectónicos. Sin embargo, las características tecnológicas de ambos conjuntos resultaban ser idénticas. Se descartaba entonces la posibilidad de que las ofrendas funerarias sean objetos de comercio introducidos a la zona con el solo afán de engalanar a los difuntos. El descubrimiento de basurales tempranos en los bordes altos de las márgenes del río, confirmó la presencia de la misma tradición alfarera en la fabricación de todos los recipientes utilizados en el sitio (Valdez 2011 a). El análisis de los ceramios encontrados en las distintas tumbas demuestra una gran variabilidad en la ejecución de formas, tanto funcionales como ceremoniales y esto involucra una maestría en el manejo y combinación de las materias primas, como en el uso del fuego. Los acabados de superficie y las técnicas decorativas empleadas revelan la intencionalidad repetitiva que utilizaron para la materialización de conceptos ideales diversos. La habilidad escultórica de ciertos artesanos denota su especialización en el ámbito material y su capacidad de abstracción en el plano simbólico.

Ejemplos de esto son algunos de los recipientes encontrados en los contextos funerarios. En primer término se debe mencionar una botella de asa de estribo que muestra una efigie a cada lado de la botella, con la representación de dos aspectos de una faz humana emergiendo de una concha *Spondylus* abierta. Los gestos faciales son opuestos, la primera imagen muestra una expresión armoniosa, casi jovial, con el mentón y las mejillas redondeadas y con la boca entreabierta. El lado inverso presenta una cara más enjuta, con una expresión parca. El ceño parece estar fruncido, con la parte inferior de la cara alargada por la representación de una boca en forma de T. El labio superior permanece horizontalmente rígido, mientras que el inferior se parte en la mitad y desciende en línea recta hacia el mentón. Esta figuración de la boca recuerda a la representación del hocico de felino que aparece en la cerámica contemporánea de las fases intermedias de la cultura Valdivia de la costa Pacífica. La sutil alusión al litoral se ve reforzada con la representación de la concha marina, en la que los rasgos típicos de la bivalva se ven figurados mediante botones sobrepuestos en pastillaje (Fig. 8).

Otras botellas de asa de estribo tiene la forma natural de calabazas lobuladas. La representación de una forma natural tan realista refleja el vínculo estrecho del hombre con su medio, pero al mismo tiempo demuestran a la naturaleza domesticada, pues las calabazas y zapallos eran cultivados como alimentos comunes (Cummins 2003). Hay también formas de figuras geométricas muy originales. Por ejemplo hay una botella con la forma de un círculo tubular que tiene un asa prominente emergiendo del recipiente. Otra combina dos figuras geométricas en una, pues presenta un cuerpo cúbico alargado con los frentes plano-rectangulares que le dan un aspecto elegante y sólido. El diseño geométrico artificial de estas dos botellas se opone a las formas naturalistas de las primeras, demostrando la capacidad de abstracción e innovación que tenían los maestros alfareros de la época (Fig. 9).

Otro ejemplo de la virtuosidad plástica de los artesanos es una pieza excepcional, tanto por sus cualidades estéticas, como por sus implicaciones rituales. Se trata de un cuenco cerrado, dotado de cuatro pequeños soportes cónicos, del que emerge una cabeza antropomorfa.

En la representación, una de las mejillas del individuo está abultada y la boca presenta una mueca por la deformación del cachete. En el interior del recipiente se encontró una sustancia blanca, que al ser analizada resultó ser carbonato de calcio[1]. De toda evidencia se trata de una caja de *llipta* (ceniza), donde se mezclaba cal con hojas de coca antes de mascarlas. Esta mixtura permite que se liberen los alcaloides de las hojas, al humedecerlas en la boca con la masticación. La calidad escultórica de la pieza es notable e innovadora, se trata de una de las primeras manifestaciones de escultura humana hueca. Su factura delicada y el realismo de sus rasgos no tienen antecedentes en la alfarería precolombina. Por otro lado, se debe señalar que esta figurilla resulta ser la representación cerámica más antigua de un chancador de coca en América (Fig. 10).

Es muy probable que otras artesanías como el trabajo en madera (especialmente con palmas fibrosas muy duras) y hueso probablemente fueron importantes, así como la cestería o la fabricación de textiles. Todos estos oficios deben haber alcanzado niveles notables, desgraciadamente las condiciones de humedad y acidez de los suelos de la alta Amazonía no han favorecido su conservación y de estas artes solo quedan evidencias indirectas. Un ejemplo fue la impronta de un tejido al que se le habían cocido un centenar de finas plaquetas de turquesa. Al desaparecer la tela, los adornos guardaron el patrón de su diseño en el piso de una tumba.

Spielmann (2002) sostiene que la especialización en las actividades artesanales está a menudo ligada a las necesidades crecientes que tienen ciertos individuos de obtener prestigio en el marco de su sociedad. El prestigio se incrementa en la medida en que se hace ostentación con productos finos, elaborados dentro o fuera de la comunidad, que reflejan algún tipo de fortuna inusual entre los miembros de una sociedad igualitaria. Por ello, el avance en la especialización artesanal y el incremento en la intensidad o en la escala en las que se producen son

1 Identificación hecha por el Dr. Bernard Gratuze, Institut de Recherche sur les Archéomatériaux (IRAMAT, UMR 5060), CNRS, Orléans, France

a menudo sintomáticas de cambios en la organización interna de una sociedad. Otro aspecto que subraya esta autora es el vínculo que hay entre la producción artesanal depurada y una intensificación creciente de la ritualidad y de la práctica de ceremonias colectivas dentro de un conjunto socialmente diferenciado.

e) Desarrollo de estilos regionales de representación iconográfica

Otro diagnóstico inconfundible de la complejización social está dado por la materialización de una ideología comúnmente aceptada por una gran cantidad de individuos. Esta ideología es a menudo compleja y tiene la necesidad de verse representada en símbolos e íconos que son conocidos ampliamente en el medio en que esta se desarrolla. La iconografía que aparece decorando recipientes cerámicos, textiles, y que se integra al arte lapidario es un lenguaje codificado que revela una corriente de pensamiento profundamente arraigada dentro de la experiencia cotidiana del manejo de fuerzas naturales y sobrenaturales. El mensaje que se repite y se acepta (consciente o inconscientemente) en la iconografía sustenta la cohesión ideológica que legitimiza moralmente a los estamentos incipientes que detentan un cierto prestigio y poder jerárquico. El simbolismo sofisticado que se expresa en la iconografía aglutina a los seguidores de una corriente de pensamiento para crear un amplio consenso en la validez del poder y del prestigio de sus detentores. La gramática cada vez más compleja de este lenguaje se hace con el tiempo más necesaria para legitimar las estructuras jerárquicas emergentes. El manejo suntuoso de estos conceptos y prácticas –expresado a través de productos de artesanías especializadas– promueve el engrandecimiento del sistema para mantenerse o para subrayar su acceso diferencial hacia la riqueza, la posición social y la autoridad (Webster 1976). Donald Lathrap (1973) fue uno de los primeros en haber comprendido la importancia de este mecanismo, él afirmaba que estos símbolos aparecen de manera compleja (pero bastante estandarizada) para transmitir ideas religiosas o sagradas en los objetos de prestigio que se reparten y son

aceptados en casi toda el área andina desde del Período precerámico tardío en el Perú, o en el Formativo del Ecuador.

El surgimiento temprano de un estilo artístico regional es una manifestación de la fuerza ideológica que está presente en la cuenca del Chinchipe. Hasta ahora se conoce que el estilo está sobre todo presente en varios elementos de la vajilla en piedra pulida. Cuencos y platos encontrados en ambos lados de la actual frontera geopolítica presentan una serie se rasgos iconológicos característicos (Fig. 11). Elementos formales en el trazado de la representación iconográfica son constantes. La partición del espacio imaginario está presente en la división bipartita de los campos decorativos, que muestran a menudo una oposición simétrica de los motivos representados. De igual manera, la noción de una división tetrapartita del espacio circular aparece resaltada mediante muescas o calados equidistantes en el borde y labio de los recipientes. La simetría opuesta de los motivos es una de las reglas de su expresión semiótica. Las técnicas empleadas en la materialización de sus conceptos incluyen la incisión, el grabado o el calado en la cara externa de los recipientes, pero a menudo se aprovechan también ciertas propiedades de la materia prima para acentuar la fuerza del mensaje trasmitido.

Esto se puede apreciar particularmente bien en uno de los cuencos encontrados en la tumba principal del yacimiento. Se trata de un recipiente de color rojo marmolado, con dos pares de muescas opuestas, caladas sobre el labio. La cara externa tiene dos pares de motivos grabados idénticos, que se repiten en los cuartos opuestos de la pieza. El elemento más grande representa una figura aparentemente humana, con una anatomía general ambivalente, pues se parece también a la figura de un ave con las alas desplegadas y una cola abierta. La cabeza presenta rasgos humanos faciales muy claros, por lo que se puede interpretar esta figura como la representación de una transformación chamánica de un hombre-pájaro (Fig. 12). El elemento menor representa una figura mitológica, que muestra una serpiente sonriente de cuyo cuerpo bífido emergen las cabezas de dos aves encrestadas. Este motivo es un elemento iconográfico curioso, pues aparece casi idéntico en un textil encontrado en el sitio peruano, La Galgada, que es contemporáneo con el sitio Santa

Ana-La Florida, pero que se encuentra a una distancia considerable, en la sierra occidental del Perú (Grieder *et al.* 1988, Figura 130).

La noción de dualidad simétrica no solo es una división por oposición, sino también una forma de complementariedad que se expresa de una forma muy particular. Esto es especialmente visible en los grabados de otro recipiente de piedra encontrado en el sitio. El cuenco, trabajado sobre una piedra bicolor, presenta dos series de motivos complejos separados por una línea central que divide los campos decorativos del recipiente (Fig. 13). Cada serie tiene un color distinto y está compuesta por tres elementos separados que se unen en un arreglo iconográfico opuesto. En cada grupo aparece en primer término la figura en perfil de un ave crestada con una garra levantada hacia el personaje central. En el primer caso, (a) la figura del medio es una cabeza extraña, vista también de perfil, que muestra un hocico abierto y un ojo prominente que sale de un bloque rectangular. El tercer personaje parece ser un cóndor con un ala desplegada. El todo tiene una coloración gris clara que se opone a la otra mitad del recipiente que es de color rojo. La otra mitad (b), tiene como figura central a un ofidio sonriente y otra representación cefálica extraña, con el mismo ojo prominente que sale de un bloque rectangular. La complejidad iconográfica de estos motivos es perceptible solo parcialmente, si es que no se considera verlo junto a su propia imagen inversa. La representación del desdoblamiento simétrico de un motivo puede revelar su personalidad completa. Utilizando la técnica de *proyección al espejo* se puede completar el trazo de la figura, dotándole de su imagen inversa (Fig. 14). Rowe (1967: 77-87) sostuvo que el uso de la simetría bilateral es uno de los elementos que permiten leer y comprender la iconografía compleja de la cultura Chavín, pero parece que su aplicación fue ya una práctica bien conocida en la cuenca del Chinchipe, unos 1200 años antes de que se lo utilice en la llamada *primera civilización de América.* No hay duda de que la noción ideológica de establecer convenciones estructurales en la iconografía, compartidas y comprendidas por un público iniciado fue una práctica establecida desde el Formativo Temprano en la cuenca del Chinchipe.

f) Existencia de redes de interacción a corta y larga distancia

El último punto que se debe examinar tiene relación con las interacciones que los detentores de la cultura Mayo Chinchipe tuvieron con otras sociedades contemporáneas.

La interacción entre pares es a menudo un mecanismo de adaptación empleado para resolver los problemas de integración al medio y al aprovechamiento amplio de sus recursos. De hecho en Palanda se puede observar que estas manifestaciones surgen y se mantienen gracias a una larga historia de interacciones entre la Amazonía, la sierra y la costa del Pacífico. Los medios ecológicos de transición pueden ser en realidad espacios, que por su variabilidad biótica, se presten bien a la motivación adaptativa que promueve nuevas tendencias e innovaciones importantes en el quehacer social.

La presencia física de conchas marinas en los contextos funerarios fechados del yacimiento demuestra que desde por lo menos hace 4500 años existían ya nexos entre la cultura Mayo Chinchipe y la cultura costera coetánea Valdivia. Fragmentos del caracol marino *Strombus* encontrados como parte del ajuar funerario en dos depósitos diferentes demuestra la importancia que tuvo esta concha en la vida ritual de estos pueblos. De igual manera, la botella cerámica de asa de estribo (antes descrita) con la representación de valvas de *Spondylus* refuerza la categoría simbólica del hallazgo; pues en la misma tumba se encontraron asociados los fragmentos de *Strombus* y la botella efigie. La interacción social temprana que se infiere de la presencia de conchas marinas del Pacífico y de otros objetos que se pueden calificar de suntuarios, provenientes de regiones aún no bien identificadas, es ciertamente el mecanismo que puso en contacto a varios pueblos en una ruta que se pudiera denominar "la conexión Pacífico-Marañón" (Valdez 2008). Es notable el hecho de que los recursos estratégicos que se intercambiaban tienen un carácter marcadamente ideológico. La presencia de la díada *Spondylus-Strombus* en contextos tempranos y tan lejanos de su lugar de origen, habla ya de la noción andina de la dualidad simbólica de estas conchas del océano Pacífico cálido.

Desde fines de la década de los setentas, la literatura andina señala la importancia sagrada de estos moluscos y de la existencia de un tráfico pan andino que los distribuye ampliamente a lo largo de los Andes centrales (Marcos 1977/78; 1985; 1995).

La presencia de estas conchas en la alta Amazonía no es nueva, pues en múltiples colecciones particulares y museos existen ejemplares obtenidos en la región, pero sin un contexto cultural claramente definido. Una de las pocas excepciones, pero sin una definición cultural clara fue dada por el hallazgo en Huaca Huayurco, en la desembocadura del río Tabaconas en el Chinchipe. Allí se encontraron dos caracoles marinos (*Malea riggens*), asociados a una industria de cuencos de piedra pulida y de una cerámica fina interpretada como la manifestación Chavín más septentrional de la selva peruana. Las trompetas acompañaban un depósito funerario excavado en un sitio, que supuestamente sirvió de taller regional de cuencos de piedra pulida. Trabajos como la tesis de Alexander Martin (2001) dan cuenta de la amplitud de este comercio y de la intensidad de los intercambios en los periodos más recientes. Sin embargo, hasta la fecha no se había podido ubicar evidencias de este tráfico en contextos tempranos de la selva.

La red de interacción debió incluir el intercambio de otros productos exóticos como la turquesa, la malaquita y otras piedras verdes dotadas de un valor simbólico. Objetos de cerámica pudieron haber sido también intercambiados con regiones más o menos distantes. Algunas evidencias de esto se encuentran en el sitio Trapichillo, ubicado en el valle de Catamayo donde se han encontrado ornamentos de piedra verde y fragmentos cerámicos de la fase Palanda (colección del museo de la Universidad Técnica Particular de Loja). Es muy probable que los fragmentos de gran parte de ofrendas funerarias que fueron saqueadas a gran escala en este sitio reputado por ser una de las huacas tradicionales de la sierra lojana (Guffroy *et al.* 1987: 61-64; Guffroy 2004: 31-32).

En la interacción social que se imprime entre regiones tan distantes, resulta obvio que el valor comercial de los bienes no era el interés primordial; sino más bien el ideológico, con la fuerza sobrenatural que

los bienes podían transmitir y asegurar a sus promotores. Del litoral venían las conchas sagradas, pero de la selva ¿qué podía interesar a los costeños?, y más importante aún, ¿qué podía interesar a todos los actores intermedios de la gran ruta?

El uso de la coca, de polvos alucinógenos y bebidas energéticas rituales está presente en los instrumentos que acompañaban a los difuntos del sitio Santa Ana-La Florida al más allá. Estas plantas son más bien originarias del medio tropical selvático, donde los chamanes tienen (hasta la actualidad) la reputación de ser poderosos por la fuerza de las plantas que emplean en sus actos de curación o de adivinación. Parecería que los nativos de la ceja de montaña oriental podrían haber sido los proveedores de la tecnología y de la indumentaria chamánica. La ideología de los poderes ocultos, junto con sus bienes e implementos de poder podrían haber sido los productos que viajaban de este a oeste por las rutas trazadas entre el Marañón y el Pacífico.

La variedad y calidad de los materiales encontrados y sobre todo sus implicaciones sugieren la importancia de contactos e interacciones tempranas entre los pueblos de los dos lados de los Andes con las comunidades costeras del Pacífico. La presencia de bienes exóticos tales como conchas marinas simbólicas, turquesas y otras piedras finas de diversos colores y calidades escultóricas argumenta a favor de la hipótesis de que los poseedores de la cultura Mayo Chinchipe participaban activamente en una esfera de interacciones expansiva, tanto en un eje este-oeste, como en otro en sentido norte-sur. No se conocen todavía cuales fueron las modalidades o los mecanismos que intervenían en esta red de comunicaciones, pero parece probable que los miembros influyentes de las distintas sociedades habrían establecido, desde épocas muy tempranas, conexiones panregionales para obtener los recursos estratégicos que les eran de tanta importancia en su vida social (Bruhns 2003). El intercambio de estos productos exóticos a menudo tiene una relación directa a la intermediación o contacto con los dioses y el acceso a formas de poder sobrenatural.

Conclusiones

La noción de complejidad se ha visto a menudo asociada al proceso de formación del estado prístino, pero como afirma Webster (1976: 812). con razón, la complejidad no solo implica la estructuración política de una sociedad, sino que esta atañe a los fundamentos mismos de la estructuración social. En realidad hay indicios de complejidad en cualquier tipo organización humana, desde las bandas ya se reconoce algún tipo de prestigio interno (Woodburn 1982) y en el caso de las tribus la noción de rango está implícita en algunos de sus miembros, con el cacicazgo ya no se discute la presencia de una estructuración social compleja.

Las evidencias que se han presentado y discutido en este trabajo muestran que en la cuenca del Chinchipe existían claras muestras de una complejidad social creciente, desde el Formativo temprano. La diferenciación entre los miembros del asentamiento Santa Ana-La Florida no solo está visible en los ricos ajuares funerarios sino sobre todo en el trazado de la estructuración del espacio social. En este se observa una planificación ideológica y una organización diferenciada en el trabajo colectivo, necesario para la construcción de una aldea dotada de una plaza central y de un templo de probable acceso restringido.

Naturalmente el seguimiento cronológico del proceso de complejización no es fácil, y si bien las fechas obtenidas de los distintos contextos excavados muestran un uso diferenciado del espacio social, hay una base de contemporaneidad en la construcción de la mayor parte de los principales rasgos arquitectónicos del sitio (Fig. 7). Esto implica que la idea de la estructuración de un espacio colectivo-diferenciado estuvo presente desde el inicio de la implantación de la aldea (edad promedio 2500 a. C.).

La gama de evidencias que presenta la cultura material característica del complejo Mayo Chinchipe apunta a la fuerte influencia del aspecto ideológico en la configuración del proceso cultural. La fuerza de la iconografía se combina con la sofisticación de la arquitectura del

templo y con el trazo de la plaza pública. Las normas de simetría y complementariedad por oposición de los elementos están presentes tanto en el plano material como en el inmaterial de la estructuración del yacimiento. Lo sagrado y lo profano se conjugan en el espacio regional e impera un ordenamiento implícito en la disposición del asiento nucleado con respecto al patrón de asentamiento disperso que caracteriza a la cuenca del Chinchipe.

La noción de centro y periferia está presente, pero no es un centro de dominación, no hay un poder administrativo que imprime su voluntad a la región periférica. Su primera función no parece ser el de un centro de producción o de redistribución de bienes. Sus características no son las de un centro de acopio de bienes materiales, presenta más bien los rasgos de un centro destinado a recibir gente que se reúne temporalmente para compartir vivencias colectivas bajo la égida de algún oficiante reconocido como una autoridad en su campo de acción.

Este individuo parece no ejercer coerción física para atraer a su público, el contexto que presentan las evidencias apuntan más bien a la fuerza de la cohesión ideológica que enlaza a la comunidad de congregados. La legitimación de la autoridad estaría dada por el consenso colectivo de reconocerle un cierto prestigio por sus capacidades de intermediación entre la comunidad y las fuerzas sobrenaturales que priman en el universo. El reconocimiento de estas funciones es el sometimiento voluntario a una jerarquía moral que no posee la generalidad de los mortales. Max Weber definió esto como el liderazgo carismático explicando que "el término carisma debe ser entendido como una cualidad extraordinaria que una persona posee, sea esta calidad real, supuesta o presumida" El carisma es socialmente reconocido y es el sustento del puesto que ocupa (1958: 245-264).

La existencia de este tipo de liderazgo está muy lejos de poder ser considerado como una teocracia incipiente, pues no se reconoce la implantación de una institución religiosa como tal, ni la presencia de un segmento sacerdotal; pero la legitimación de la autoridad que se le

otorga a un individuo se basa en el reconocimiento de un poder moral, de intermediación con lo sobrenatural.

Hace ya más de 50 años, Eric Wolf sostenía que la figura dominante de los estados clásicos de Mesoamérica era el especialista religioso, que oficiaba desde su centro de poder ubicado en un centro ceremonial (1959: 81). Pero insistía en que su intervención real en las actividades económicas no logra controlar el acceso a los medios de producción. Su poder está basado en prestigio más que en la riqueza física que podrían acumular. Su rol se concentra inicialmente a las actividades de intermediación sobrenatural, por lo que no se podría considerarlo todavía parte de un grupo económicamente privilegiado. Él puede ejercer su influencia en la ejecución de tareas colectivas, pero no se podría afirmar que él controla estas actividades.

La evidencia encontrada en Palanda sugiere que en la cuenca del Chinchipe imperaba ya un sistema de teocracia incipiente, donde el rol del intermediario lo ejercía probablemente el *yachag*, el sabio, el curandero, el brujo o como se le quiera llamar. Él oficiaba en su recinto y la gente acudía a él en casos de necesidad individual o colectiva. Por ello la infraestructura que él ocupaba se hacía con el aporte voluntario de todos. De alguna manera se podría calificar a este tipo de relaciones como un intercambio de servicios, un modo de redistribución social de los talentos, y a la larga, de la riqueza individual entre la colectividad. Los beneficios del prestigio de unos (reconocido por todos) se reparten luego entre todos.

Esta situación define bien las primeras manifestaciones de jerarquización social que forman parte de lo que Fried llama estratificación pre-estatal. (1974: 35; 1967: 224-226). El proceso paulatino que lleva a la complejidad social está en marcha en la alta Amazonía, las manifestaciones de Palanda son la antesala de los rasgos que aparecen poco tiempo después en la cuenca baja del Chinchipe, donde son más institucionalizadas dentro de los cánones del patrón andino (ver artículo de Olivera Núñez en este tomo).

Jerry Quilter y Terry Stocker afirman que el advenimiento de sociedades complejas en el Perú no fue el resultado simple de la adopción de plantas domesticadas o de la importancia de los recursos costaneros que le permitieron tener una estabilidad en la subsistencia, sino el contexto de la interacción social que les dio acceso a una variedad de roles y de recursos (Quilter y Stocker 1983). En la cuenca del Chinchipe se evidencia la existencia de un sistema de interacción a corta y larga distancia, que permitía el acceso regional a bienes y servicios. Estos aumentaban el prestigio de los *yachags* locales integrándolos a una red de pares que mantenían el orden social complementario entre lo natural y lo abstracto. En este sistema de interacción se refleja un sistema ideológico común, donde se expresaban conceptos sagrados en un lenguaje icnográfico metafórico. Los objetos de prestigio eran fabricados, detentados e intercambiados entre pares, para demostrar su pertenencia a un mismo orden cósmico. La interacción de un número de factores que favorecieron la subsistencia y promovieron el intercambio de bienes e ideas, produjeron nuevas formas de integración social y política. Con el tiempo el nuevo orden se hizo presente en casi toda el área andina, pero su manifestación precoz en el Chinchipe habla de la fuerza de la alta Amazonía en este proceso.

Reconocimientos

El equipo de investigación de la parte alta de la cuenca del Chinchipe ha estado compuesto por Alexandra Yépez, Julio Hurtado, Geoffroy de Saulieu, Gaëtan Juillard, Jean Guffroy y el autor. Se deja constancia de gratitud a Laurence Billaut del UMR 208 (IRD/MNHN) por el excelente trabajo en muchas de las gráficas presentadas. De igual manera, al Prof. Jean Noel Barrandon (+) y al Dr. Bernard Gratuze del Institut de Recherche sur les Archéomatériaux (IRAMAT, UMR 5060), CNRS, Orléans, por su colaboración con la identificación mineral de varias muestras. Para Sonia Zarrillo un reconocimiento especial por su perseverancia y ánimo de abrir nuevos horizontes en el campo de la investigación científica en nuestro medio. En Ecuador se agradece a los

Ministerios de Coordinación de Patrimonio y de Cultura por el apoyo institucional recibido, así como al Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, socio del proyecto Zamora Chinchipe. Naturalmente un agradecimiento profundo va para las comunidades de Valladolid, Palanda y Zumba de la provincia de Zamora Chinchipe.

Referencias

Burger, Richard

1984 Archaeological Areas and Prehistoric Frontiers: The case of Formative Peru and Ecuador. In *Social and Economic Organization in the Prehispanic Andes*, ed. D. Browman *et al.*, p. 31-71, Bar International Series, 194, Oxford.

1995 *Chavin and the Origins of Andean Civilization*, Thames and Hudson, London.

Bruhns, Karen O.

2003 Social and cultural development in the Ecuadorian highlands and eastern lowlands during the Formative. En *Archaeology of Formative Ecuador*, J. Scott. Raymond y Richard L. Burger eds., p. 125-174. Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington D. C.

Bush, Mark B., Dolores R. Piperno, y Paul A. Colinvaux

1989 A 6000 year history of Amazonian maize cultivation. *Nature* 340: 303-305.

Coe, Susan y Michael D. Coe

1996 *The True History of Chocolate,* Thames and Hudson, London.

Costa von Buchwald, Gustavo

2010 *Otto von Buchwald, sabio alemán en tierras ecuatorianas y peruanas. Siglos XIX-XX*, Poligráfica, Guayaquil.

Cummins, Tom

2003 Nature as Culture's Representation: A Change of Focus in Late Formative Iconography. En *Archaeology of Formative Ecuador*, J. S. Raymond y R. Burger eds., J. Quilter general editor, p. 423-464. Dumbarton Oaks Research Library and Collection. Washington D. C.

Descola, Philippe

1988 *La selva culta. Simbolismo y praxis en la ecología de los achuar*, Abya-Yala, IFEA, Travaux de l'IFEA T XXX, Quito.

Fried, Morton H.
1967 *The Evolution of Political Society*, Random House, New York.
1974 On the Evolution of Social Stratification and the State. In *The Rise and Fall of Civilizations: Modern Archaeological Approaches to Ancient Cultures; Selected Readings*. C. C. Lamberg-Karlovsky y Jeremy A. Sabloff, eds. p. 26-40. Menlo Park, Cummings.

Grieder, Terrence, Alberto Bueno M., Earle Smith Jr. y Robert Malina
1988 *La Galgada, Peru. A Preceramic Culture in Transition*, University of Texas Press, Austin.

Guffroy, Jean
1987 La Periode Formative. In *Loja Préhispanique, Recherches Archéologiques dans les Andes Méridionales de l'Equateur*, edited by Jean Guffroy, p. 61-139. Editions Recherches sur les Civilisations, Paris.
2004 *Catamayo Precolombino: Investigaciones arqueológicas en la provincia de Loja (Ecuador)*. UTPL, IRD, IFEA, Loja.
2006 El Horizonte corrugado: correlaciones estilísticas y culturales. *Bulletin de l'Institut Francais d'Etudes Andines* 35 (3): 347-359.

Guffroy, Jean y Francisco Valdez
2001 Resultados de la etapa de reconocimiento (1999-2000) y proyecto de investigación arqueológica (2001-2004) en la provincia de Zamora Chinchipe, 15 p. Quito: Convenio INPC/IRD (manuscrito.)

Lathrap, Donald
1973 The Antiquity and Importance of Long-Distance Trade Relationships in the Moist Trop-ics of Pre-Columbian South America. *World Archaeology* 5: 170-186.

Lara, Catherine
2010 *Investigación arqueológica en el área concerniente al eje noreste-sureste del yacimiento Santa Ana-La Florida: Proyecto "investigación del sitio Palanda"*, Informe final, INPC.
2011 Hacia un afinamiento de la secuencia cronológica Mayo Chinchipe: Resultados de la temporada de excavaciones 2010 en Santa Ana-La Florida (cantón Palanda, Zamora Chinchipe, Ecuador, *Evidencia Ancestral* 3: 66-71.

López Austin, Alfredo y Luis Millones
2008 Dioses del Norte, Dioses del Sur. Religiones y cosmovisión en Mesoamérica y los Andes, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

Lumbreras, Luis
1981 *Arqueología de la América Andina*, Editorial Milla-Batres, Lima.

Martin, Alexander
2001 La dinámica del intercambio precolombino de *Spondylus* a lo largo de la costa pacífica central de Sudamérica (Perú, Ecuador), Tesis de Maestría, Florida Atlantic University.

Marcos, Jorge G.
1977/78 Cruising to Acapulco and Back with the Thorny Oyster Set. *Journal of the Steward Anthropological Society* 9(182): 99-133.
1985 El "Mullu" (*Spondylus Princeps*) Alimento de los dioses andinos. En *Actas del Seminario sobre la situación de la investigación de las culturas indígenas de los Andes septrionales*. p. 111-115, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid.
1995 El Mullo y el Pututo: La articulación de la ideología y el tráfico a larga distancia en la formación del Estado huancavilca. En *Primer Encuentro de Investigadores de la Costa Ecuatoriana en Europa*. Silvia G. Álvarez, Aurelio Álvarez, Carmen Fauria y Jorge G. Marcos, eds. p. 97-142, Abya-Yala, Quito.

Meggers, Betty J.
1954 Environmental limitations on the development of culture. American Anthropologist 56: 801-824.
1971 *Amazonia: Man and Culture in a Counterfeit Paradise,* Aldine-Atherton Inc., Chicago.

Motamayor Juan C., A. M. Risterucci, P. A. López, C. F. Ortiz, A. Moreno y C. Lanaud
2002 Cacao Domestication I: the origin of the cacao cultivated by the Mayas, *Heridity* 89: 380-386.

Powis, Terry G., W. Jeffrey Hurst, María del Carmen Rodríguez, Ponciano Ortiz C., Michael Blake, David Cheetham, Michael D. Coe y John G. Hodgson
2007 Oldest chocolate in the New World. *Antiquity* 81 (314).

Powis, Terry G., Ann Cyphers, Nilesh W. Gaikwad, Louis Grivetti, y Kong Cheong
2011 Cacao use and the San Lorenzo Olmec. *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America* 108: 8595-8600.

Quilter, Jeffrey y Terry Stocker
1983 Subsistence Economies and the Origins of Andean Complex Societies: *American Anthropologist* Vol. 85, N.º 3: 545-562.

Rojas Ponce, Pedro
1985 La Huaca Huayurco, Jaén. En *Historia de Cajamarca, Vol. 1, Arqueología*, compilado por F. Silva Santiesteban *et al.*, Instituto Nacional de Cultura, p. 181-186. Cajamarca.

Rowe, John H.
1967 Form and Meaning in Chavin Art. In *Peruvian Archaeology. Selected Readings,* J. Rowe y D. Menzel eds., p. 72-103, Peek Publications, Palo Alto.

Spielmann, Katherine A.
2002 Feasting, Craft Specialization, and the Ritual Mode of Production in Small-Scale Societies, *American Anthropologist* Vol. 104, N.º 1: 195-207.

Taylor, Anne Christine
1988 Las vertientes orientales de los Andes septentrionales: de los bracamoros a los quijos. En *Al este de los Andes. Relaciones entre las sociedades amazónicas y andinas entre los siglos XV y XVII,* eds. F. M. Renard-Casevitz, Th. Saignes y A. C. Taylor, Tomo II, Abya Yala – IFEA, Quito.

Valdez, Francisco
2007a El Formativo temprano y medio en Zamora Chinchipe, en *Reconocimiento y excavaciones en el sur andino del Ecuador*. (D. Collier y J. Murra), Malo, B. ed, p. 425-465, Casa de la Cultura núcleo Azuay, Cuenca.
2007b Un Formativo insospechado en la ceja de selva: El Complejo Cultural Mayo Chinchipe, en *II Congreso Ecuatoriano de Antropología y Arqueología. Balance de la última década: Aportes, retos y nuevos temas*, García, F., p. 549-576, FLACSO, Quito.
2007c Mayo Chinchipe : une porte ouverte, en *Equateur. L'Art Secret de l'Equateur Precolombien*, D. Klein et I. Cruz eds., 5 Continentes, p. 321-349, Milano.
2008 Inter-zonal relationships in Ecuador. En *Handbook of South American Archaeology*, Silverman, Helaine, y William Isbell, eds., p. 865-888, Springer, New York.
2009a Arqueología en la cuenca Mayo Chinchipe, En *Antiguas Civilizaciones en la frontera de Ecuador y* Perú, *una propuesta binacional para la integración andina*, Olivera, Q. ed. Can-AAMS, p. 19-23, Lima.
2009b *Informe final de la intervención arqueológica asociada con la ejecución de los programas de emergencia patrimonial efectuados por la Unidad*

de Gestión del Ministerio Coordinador de Patrimonio Natural y Cultural en el yacimiento Santa Ana-La Florida, Palanda, Zamora Chinchipe, presentado al Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador, p. 125, Quito.

2010a Uso social de la arqueología en el sitio Santa Ana-La Florida, cantón Palanda, *Encuentro Arqueólogos del norte del Perú y del sur del Ecuador*, Universidad de Cuenca: 23-46, Cuenca.

2010b *Informe final de los trabajos arqueológicos en el yacimiento Santa Ana-La Florida, en Investigación y puesta en valor de los recursos patrimoniales en la frontera sur: Palanda, Zamora Chinchipe.* Proyecto UTPL / IRD / Ministerio de Cultura, presentado al Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador, p. 145, Quito.

2011a La cerámica Mayo Chinchipe, el Formativo temprano de la ceja de selva oriental. III Congreso de Antropología y Arqueología Ecuatoriana, Ecuador, territorio de contacto y convergencias: resignificaciones del pasado y el presente, *Revista Nacional de Cultura* 15-16, tomo III: 685-705.

2011b *Informe Técnico de Labores 2010-2011, Proyecto Zamora Chinchipe*, presentado al Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador, p. 251, Quito.

Valdez, Francisco, Jean Guffroy, Geoffroy de Saulieu, Julio Hurtado y Alexandra Yépez

2005 Découverte d'un site cérémoniel formatif sur le versant oriental des Andes. *C. R. Paleovol* 4: 369–374.

Weber, Max

1958 *From Max Weber: Essays in Sociology*. H. H. Gerth y C. Wright Mills, eds., Oxford University Press, New York.

Webster, David L.

1976 On Theocracies, *American Anthropologist* Vol. 78, N.º 4: 812-828.

Woodburn, James

1982 Egalitarian Societies, *Man* Vol. 17, N.º 3 : 431-451

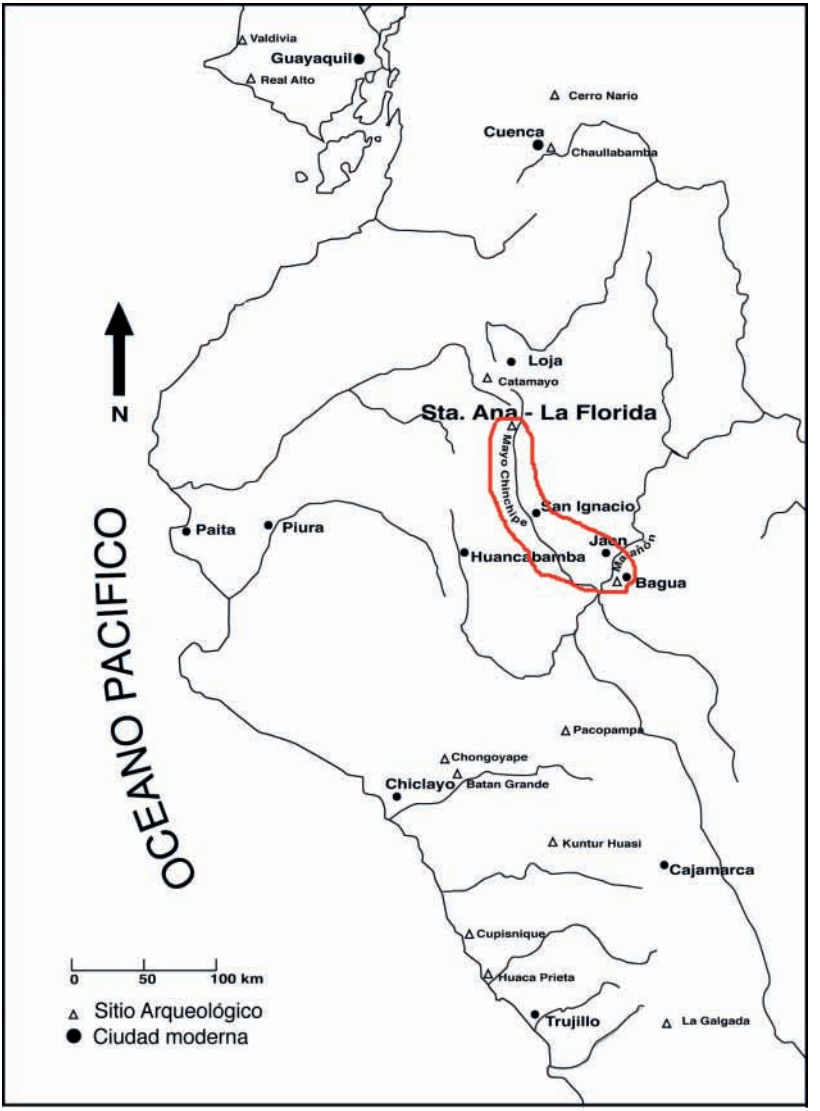
Wolf, Eric R.

1959 *Sons of the Shaking Earth.* University of Chicago Press, Chicago.

Zarrillo, Sonia

2012 Human Adaptation, Food Production, and Cultural Interaction during the Formative Period in Highland Ecuador. Tesis doctoral presentada en la Universidad de Calgary. Alberta.

Figura 1
Ubicación geográfica de la cuenca binacional Mayo Chinchipe



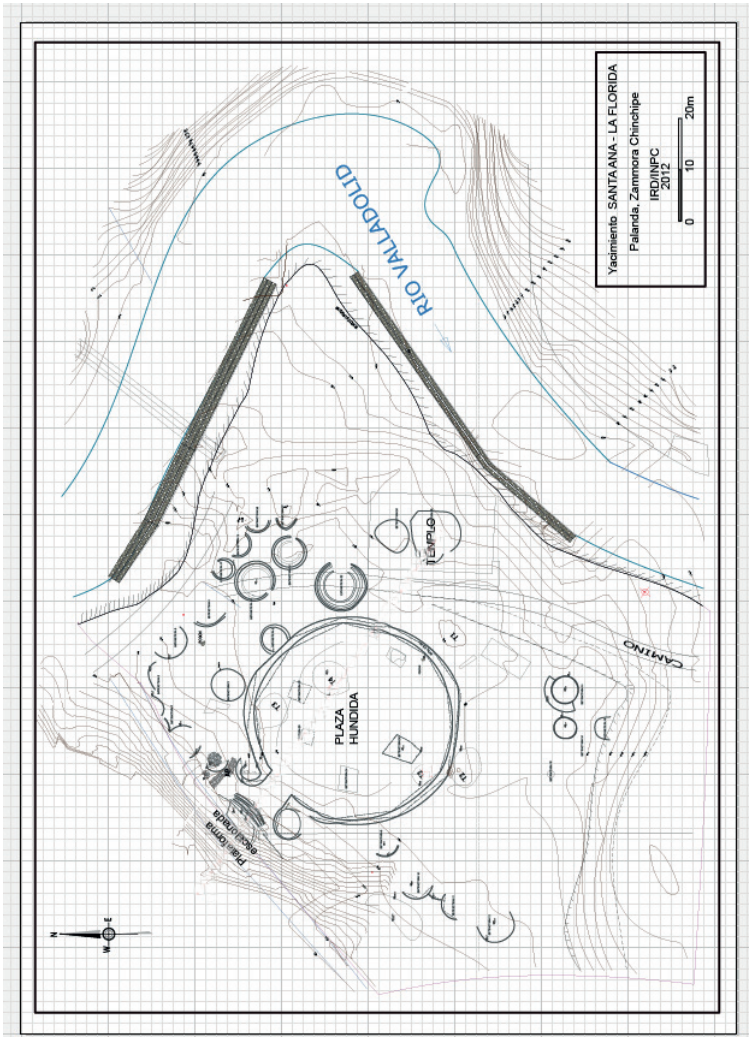


Figura 2
Yacimiento Santa Ana-La Florida, Palanda-Ecuador

Figura 3
Plataforma artificial construida sobre la margen del rio
En su cima se levantó un templo

Figura 4
Ofrendas enterradas en el fondo de una hoguera central ubicada al interior del templo

Figura 5
Mortero lítico que representa una mazorca de cacao

Figura 6
Fechas C-14 que ubican la ocupación del sitio a través del tiempo

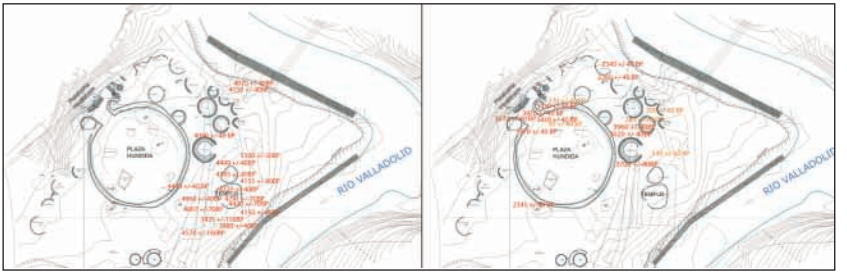


Figura 7
Botella de asa de estribo con la representación de la concha *Spondylus* de la que emerge la efigie doble de un ser humano

Figura 8
Sistema constructivo con muros de contención y contramuros dispuestos para asegurar la nivelación del terreno decreciente

Figura 9
Botellas de asa de estribo de formas naturales y geométricas
Las centrales son fitomorfas

Figura 10
Recipiente cerámico con la efigie de un mascador de coca

Figura 11
Cuencos de piedra de la región de Jaén,
con iconografía característica Mayo Chinchipe

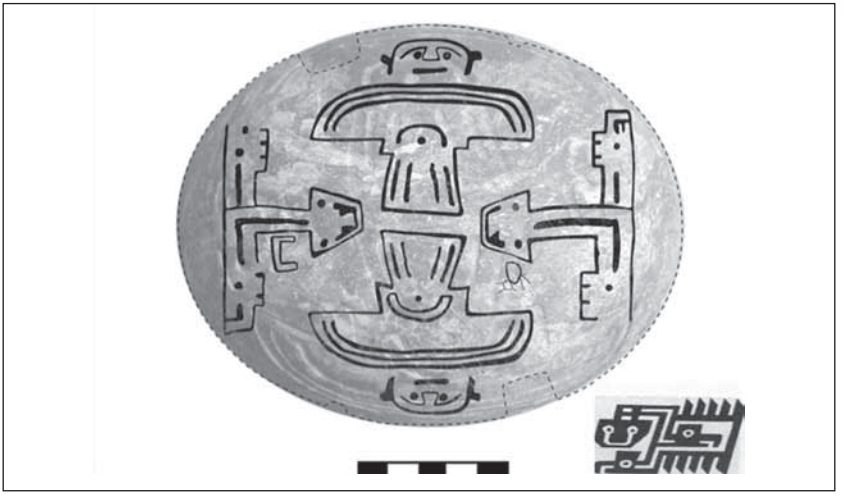


Figura 12
Cuenco de piedra pulida, grabado con figuras icónicas panandinas
El motivo de la serpiente y aves de rapiña aparece igualmente en textiles del sitio La Galgada de la costa norte del Perú (recuadro de la esquina inferior)

Figura 13
Iconografía compleja grabada sobre un cuenco de piedra
Se aprecian las triadas míticas del bosque tropical y del altiplano andino

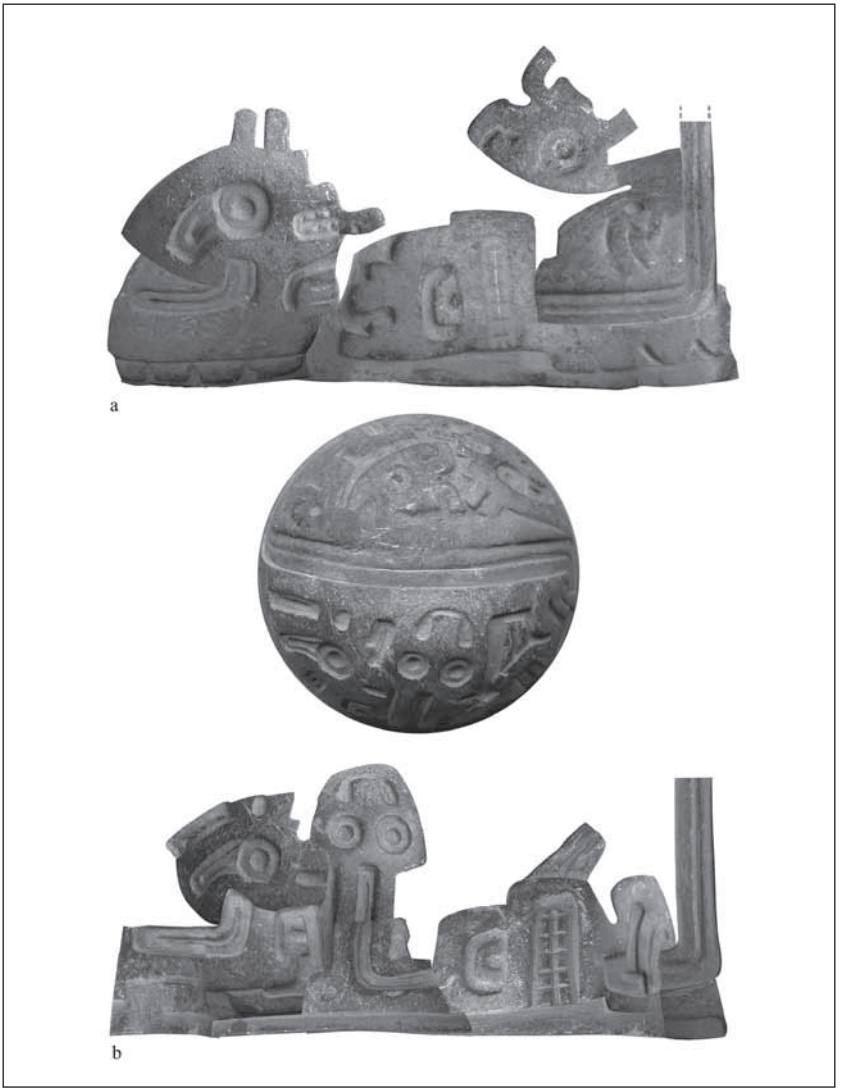


Figura 14
Imagen del desdoblamiento simétrico de un felino, producido por la técnica de la proyección al espejo